

PAGINAS AMENAS DE LOS LUNES

SONETOS

DEL LIBRO DE JOAQUÍN JOANES G.

SONETOS. I

La cabeza del árabe vencida,
España respiró, de arroyo llena,
del vasto mundo revolvió la escena
y dilató la tierra conocida.
Ante la humanidad engrandecida,
Derrumbados los ídolos de arena,
Lució de Dios la Majestad serena
y la virtud alimentó la vida!
En sus robustos hombros sustentaba
el edificio enorme de la historia
y los cimielos de la paz zanjaba,
Cuando rendido á las pasiones, fiero
el pueblo atleta mancilló su gloria
y ensangrentó la fe con el acero!

II

Se vino más, en tan tremendo día,
la túnica de Cristo desgarrada,
¡Combatir al hereje con la espada
es ser hijo también de la herejía!
Al pie de las hogueras rebullía
del fanatismo la cruel mesnada,
y ante la multitud carbonizada,
Cristo desamparado fallecía.
La fuerza mata, pero no redime,
y la ley de amor ¡Oh Cristo, del aseta
en nuestros pechos la señal imprime!
¡Desprecia de la cruz tu santa mano,
y perdona, Señor, al pueblo atleta,
Cuanto más vencedor mevas cristiano.

Á NAPOLEÓN.

¡Si renacieras de la tumba fría,
la humanidad, de la justicia armada,
cual jurado supremo levantada,
la vida vees cien te arrancaría!
El crimen locamente te atraía,
y á los fillos terribles de tu espada,
parecía la tierra conturbada
como un inmenso lecho de agonía!
Te mataron tus iras y tus penas,
que al no poder matar, cuando caíste,
se corrompió la sangre de tus venas...
El anatema universal sufriste
se trocaren los centros en cadenas
y cual fiero enjaulado sucumbiste!

EN EL ANFITEATRO

Sobre la plancha fría colocado,
de amabilísima palidez teñido,
con el silencio del eterno olvido,
el cadáver yacía deslizado.
En la autopsia sutil encarnizado,
el profesor, cual nunca ensombrecido,
cual de esmeraldas, ya confundido,
El bisturí dejó desesperado.
Su rebelde impiedad sintió turbada
y abandonamos la lección fallida,
con el presentimiento en la mirada
pensando que sin sangre y sin herida,
cual veneno sutil, también callada
la fuerza del dolor corta la vida!

SANTA TERESA DE JESUS.

¿Qué autoridad tienen los escritos de la Santa? ¿Fue ayudada sobrenaturalmente del Cielo, al escribir? Indudablemente.
Una mujer del pueblo, sin más estudio que el de las primeras letras, ha merecido el glorioso dictado de Doctora métrica. La Iglesia, en el Oficio de la Santa, califica su doctrina de celestial. «*Multa celestis doctrinae documenta conscripsit. Celestis ejus doctrinae pabulo nutrimur.*» La Universidad de Salamanca, á los cincuenta años, próximamente,

de la muerte de la Santa, con permiso especial de Urbano VIII, le confirió el grado de Doctora con las solemnidades de costumbre, cuando se graduaba algún Doctor, y la puso en el número de los miembros de su cuerpo académico y entre sus doctores, confiriéndola el anillo, la toga, la bota y birrete, insignias de este grado. Esto lo afirman varios autores, sin que ningún otro lo niegue; pero este decreto de la Universidad y esta Bula de Urbano VIII, no se encuentran en los archivos de la Orden, ni de ello hacen mención las crónicas. El Padre Antonio de San Joaquín, en su año teresiano, dice que se permitió que en la fiesta de la Santa doce religiosos carmelitas

ADÁN

En tu eterna maldad petrificado
nos señalas la senda del infierno,
y nos concibes en dolor eterno
bajo la servidumbre del pecado.
¡Cuán sombrío el linaje desterrado!
que lucha ante las simas del averno,
y á quien devoras, como mal interno,
en secretas entrañas infiltrado!
¡Aborrecible tu memoria sea!
Tú engendraste la muerte de la vida
por tí la inmensa sombra nos rodea.
Sobre la humanidad despavorida
y condenada, sin cesar gotea
la sangre de tu mano parricida!

Á UN CATÓLICO.

A dócil movimiento sometida
la errante humanidad evoluciona,
labrándose á sí misma una corona
con divinos alientos esculpida.
En su inmensa ascensión indefinida,
á los dogmas los tiempos eslabona,
y en el concierto universal, entona,
el canto jubilos de la vida!
Ardiente caridad y fe sincera
atajen la corriente desatada,
si la impiedad los ánimos altera.
Y cumplidores de un deber divino,
si rompí el cauce la corriente henchida,
abramos nuevo cauce á su camino!

Á COLÓN.

Ya la servil calumnia confundida
los timbres altos de tu ser pregona,
Y como juez la fama te corona
en el calvario de tu gloria herida!
Ya con lágrimas sólo humedecida
brilla en tus manos la triunfante lona,
y el martirio tus méritos abona
en el épico libro de la vida!
Hay ante un mundo de grandeza henchido,
con sangre de tus venas fecundado,
¿quién sacará tus culpas del olvido?
Si te vemos morir abandonado,
á tí, dueño de un mundo, empobrecido,
á tí, dueño del mar encadenado!

Á DON QUIJOTE.

Joven aún sentí la calentura,
la pasión que tu espíritu encendía,
y—batallando en soledad sombría—
tu dolor, tu impotencia y tu locura!
Desfacer injusticias con bravura,
amar con inviolable idolatría,
con el manto cubrir de la hidalgía
la orfandad, la inocencia sin ventura!
Cuando del mundo entre la lid sangrienta
contemplo la virtud crucificada,
y de los fuertes la maldad violenta.
Me agito como tú, la suerte invoco,
lucha en mi daño la fortuna airada,
y me rindo también, vencido y loco!

peras, aquellas palabras de la Sagrada Escritura, *Doctrina enim est disciplina Dei.*

Pero para ser doctor de la Iglesia universal, se requieren tres cosas: santidad insigne, doctrina eminente y un decreto de la Iglesia. Nadie niega ni duda que la Santa tiene las dos primeras; pero falta la tercera, es decir, un decreto del Sumo Pontífice ó de un Concilio universal que la haya dado el título de Doctor, que hasta hoy á ninguna mujer se ha concedido. Sin embargo, la falta de este decreto no disminuye en nada la gloria y honor debido á la insigne española, pues San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio no fueron declarados doctores de la Iglesia universal (aunque lo eran), sino más de dos siglos el primero, y más de un siglo el segundo, después de su muerte. Asimismo, S. Bernardo, que vivió en el Siglo XII, fué declarado Doctor por Pío VIII siete siglos después de su muerte.

Por lo demás, si la Santa no tiene un título oficial, digámoslo así, su doctrina es luz y guía segura de los fieles; ella fué sobrenaturalmente ayudada de Dios en sus escritos, pues además de la declaración de la Iglesia en el oficio, cuyas palabras cité arriba, todos los teólogos, doctores, maestros de la vida espiritual, y, entre ellos, San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio, se extasian y celebran su doctrina como divina y celestial. Pero, sobre todo, oigamos á la misma Santa, que no pudo mentir ni ser ilusa, pues en este caso la Iglesia, que es infalible en la canonización de los Santos, no la hubiese elevado á los altares, ni Dios hubiese autorizado con milagros su santidad. Escogeré entre muchos textos, pocos de los más salientes. En el capítulo 12 de su vida dice: «*¡Cuántos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo á entender: cuando Su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que, aunque hablaba con muchas personas espirituales que querían darme á entender lo que el Señor me daba para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba, ó quería el Señor como Su Majestad fué siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad, que no tuviese á nadie que agradecer; y sin querer ni pedirlo, darme Dios en un punto entender con toda claridad y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo más que mis defensores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto há poco.*»

FERNANDO GARCÍA ESCRIBANO.
Plasencia, 15 Octubre, fiesta de Santa Teresa.

LOS SANTOS DE HOY

DÍA II, LUNES.

El Dulce Nombre de María. —Desde la Eternidad se escribió en el libro de la vida; el de Jesús fué el primero y el de María el segundo. Dicen graves doctores, que el nombre de María fué revelado á Adán, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente, que una mujer le había de quebrantar la cabeza.

Stos Proto y Jacinto, hermanos y Vícaros, ab. mártires. — Estos gloriosos hermanos que fueron ayudas de cámara de la Virgen Eugenia y bautizados en ella por el obispo Eleno, moraron algún tiempo en el monasterio de Egipto con admirable perfección.

El otro fué un apóstol en todo el Occidente y murió martirizado.

También se mencionan los santos Diodoro, Diomedes, Didino, los tres mtrs. Emilia, Paciente y Pafundio, obs. cfs. Teodoro, Alejandrino, penitente.

CATEDRAS POPULARES

sobre religión
Capítulo II.

DE LA RELIGION EN GENERAL
(Continúan)

XIII
El espectáculo del universo es un libro público, abierto á los ignorantes y á los sabios; ninguno tiene excusa para no leer el, porque hab á á todos los hombres en una lengua inteligible y proporcionada á todos los entendimientos. Pero ¿qué es lo que está escrito en este grande libro, sino la existencia de Dios con los caracteres más brillantes? Solamente unos ciegos voluntarios pueden dejar de reconocerla, especialmente en los seres animados. Abrid los ojos y veréis esta sabiduría y esta providencia infinita representada vivamente en el número prodigioso de animales diferentes, y al mismo tiempo uniformes en su estructura, en su variedad, en sus movimientos, en su industria, en sus habilidades, en sus armas ofensivas, y en sus adornos. Los mismos insectos que despreciamos, como la araña, la hormiga, la oruga, etc., y sobre todo, los que no podemos ver sino con el microscopio, están demostrando la sabiduría del Creador en la proporción admirable de todas sus partes. En ninguna cosa respaldase el Ser Supremo tan admirablemente como en estos gusanitos.

«La naturaleza, dice un autor antiguo, nunca se halla tan entera como cuando se observa en las cosas más pequeñas; y su majestad parece más admirable al paso que se ve como más abreviada en ellas.»
Eminet in minimis maximum ipse Deus
Natura numquam magis quam in minimis tota... in arcum coarcta nature majestas, nulla sin parte mirabilior.
PLINS.

XIV
Tres cosas son imposibles de explicar, si no se supone la existencia de Dios: El orden que reina en las partes de este gran todo, que llamamos Universo; la organización de la mayor parte de los cuerpos sembrados en nuestro globo, cuya naturaleza es de crecer á multiplicarse, y el pensamiento que, no pudiendo ser efecto de la extensión, de la divisibilidad, de la figura, ni del movimiento de la materia, ha de tener necesariamente su principio fuera de todo esto.

XV
Yo pienso, luego soy: yo soy, luego hay Dios: porque no hay efecto sin causa, y un ser inteligente no puede tener otra que una suprema inteligencia.

XVI

Saber que yo existo, para mí es ya casi saber que Dios existe; porque la idea de mí sé: está tan intimamente unida con la de Dios, que no puedo reflexionar sobre la primera sin que venga á mi alma el instante la segunda. Si me pregunto á mí mismo ¿Quién soy yo? Sesenta años que cuenta hacia atrás, hallo que yo no era. ¿Quién me ha dado, pues la existencia? yo no pude darme la á mí mismo, porque es necesario existir para obrar: no son tampoco mis padres, porque no han intervenido en mi formación; ni como unos instrumentos ciegos. Yo no sé, decía una madre piadosa á sus hijos, yo no sé como habéis sido formados en mi seno: *Nescio qualiter in utero meo apparuistis* (1) Uno menos se puede decir que fué el

(1) II Machab. cap. 7 v. 22.

caso, que no es más que palabra inventada para ocultar la ignorancia que tenemos de las causas: ¿Quién será, por lo mismo si Dios? Luego, Dios existe.

XVII
Si Dios no existe, reformemos nuestras ideas, y mudemos de modo de hablar, pensemos, y digamos que los buenos son unos locos, y los disolutos unos cuerdos; porque es una locura adorar una quimera, amarla, y poner en ella su confianza y el despreciarla es cordura.

XVIII
Juan Santiago Rousseau, decís vosotros, es un ingenio de los más excelentes y esto no obstante dice, que no es negocio fácil el saber solamente si hay Dios. (2) Yo no pretendo disminuir el mérito que tiene en vuestra opinión este escritor; yo no soy más que un átomo en el orbe literario, y así no me toca guardar el mérito de los autores; ¿pero qué queréis inferir de su sentencia? ¿que se puede impugnar seriamente y de buena fe la existencia de Dios? Concluid mejor que los mayores ingenios pueden dar en los mayores absurdos, si se dejan llevar del deseo de la singularidad; y así discurriréis con más acierto. ¿Qué es necesario un estudio y un trabajo tan penoso para percibir una verdad, que las naciones más bárbaras han llegado á conocer?

XIX
Cleón, añadís aun, asegura muy seriamente, que no hay Dios. Es verdad; pero yo no puedo creer en su sinceridad, ó que piensa como habla, á no ser que haya dado señales de locura. No, no fué el cuerdo, si al insensato el que dijo en su corazón: *no hay Dios Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus Ps. 13 v. 1.*

XX
Cuando se dice que la existencia de Dios es una verdad tan clara, que no se puede impugnar seriamente, se habla de los que hacen algún uso de su razón. Las pruebas más decisivas no son pruebas para los que no ponen atención para entenderlas. Por lo demás, si uno se da en cerrar los ojos, no verá ni al mismo sol, por más que resplandezca.

XXI
Hay una diferencia grande entre el olvido de Dios y el ateísmo. Se pueden hallar algunos hombres que vivan sin pensar en Dios, pues se hallan aún en el centro de la cristiandad; pero jamás se hallará alguno, que niegue su existencia hablando sinceramente. La mayor ceguera sobre este punto, cuando más podrá llegar á dudar; y aun en este caso la imposibilidad de darse á sí mismo una prueba de que no hay Dios, viene á ser una prueba de que le hay.

XXII
No hay, pues, ateístas verdaderos, ó que estén seriamente persuadidos del ateísmo. Los que quieren parecer tales, son unos fanfarrones mentirosos, que hacen ostentación de grandeza de alma y de coraje, cuando interiormente están temblando de flaqueza y de pusilanimidad. Epicuro, que fué un jefe del ateísmo, temió á la muerte y á los dioses, al mismo tiempo que exhortaba á sus discípulos á que no tamiessen uno ni otro.

Cotta apud Ciceronem de Epicuro sic fatur: Nec quem quem vidi, qui magis ea, quae timenda esse negaret, timeret: mortem dico, et Deos.

(2) Emil., tom. II, pág. 314.
(Continuará.)